

# El Mono Blanco

Una comedia moderna

John Galsworthy

*Traducción de Susana Carral*



## Introducción

JOHN GALSWORTHY (1867-1933) creía que, entre otras cosas, la Literatura era un instrumento para facilitar el cambio social. Se refleja en sus famosas *Crónicas de los Forsyte*, que abarcan tres trilogías: *La saga de los Forsyte* —*A Man of Property* (1906), *In Chancery* (1920) y *To Let* (1921)—, *Una comedia moderna* —*El mono blanco* (1924), *La cuchara de plata* (1926) y *El canto del cisne* (1928)— y *Fin del capítulo* —*Maid in Waiting* (1931), *Flowering Wilderness* (1932) y *Over the River*, (1933)—. Todas ellas pueden leerse como novelas independientes aun formando parte de una serie y son los breves entreactos que Galsworthy incluyó entre las novelas de cada trilogía lo que les aporta la consistencia de saga.

Cuando en 1923 le fue concedido el Premio Nobel de Literatura, el acta del jurado destacó su poderosa fuerza descriptiva para desmenuzar las distintas clases en las que se divide la jerarquía social y los roces entre el deseo, la avidez y la hon-

ra, lo que se aprecia nítidamente en *Las crónicas de los Forsyte*. *El mono blanco*, primer volumen de *Una comedia ligera*, habla además de amores perdidos y conquistados, de honestidad y engaño y ofrece respuestas sencillas a las complicadas cuestiones y dudas que plantea.

En *El mono blanco* el mundo de la primera trilogía de los Forsyte ha cambiado sensiblemente con la I Guerra Mundial. Pero las heridas que provocaron ese conflicto bélico aún no han cicatrizado y en toda la novela flota una amenaza que Galsworthy no llegaría a ver, la segunda gran guerra europea. Ese mundo confuso, que ansía cambios sin encontrar cómo llevarlos a cabo, se parece extraordinariamente al actual.

El éxito de la serie televisiva de la BBC sobre la primera trilogía de los Forsyte hizo muy populares las andanzas de esta familia durante los últimos años de la era victoriana, pero ocultó la fuerza, interés y calidad de las otras dos trilogías, que ya se asientan en la era moderna, esa que nos es más próxima y por la que hemos decidido comenzar.

SUSANA CARRAL

“¡No hay retirada, no hay retirada;  
Deben vencer o morir,  
Quienes no pueden batirse en retirada!”.

JOHN GAY

## Para Max Beerbohm<sup>1</sup>



CARICATURA DE VANITY FAIR

<sup>1</sup> Sir Max Beerbohm o Henry Maximilian Beerbohm, dandy, escritor, humorista y caricaturista inglés, nació en Londres en 1872 y murió en Rapallo (Italia) en 1956. En 1911 publicó su única novela, *Zuleika Dobson*, y un año más tarde *The Christmas Garland*, un conjunto de relatos navideños que reflejan los errores estilísticos de algunos escritores célebres, principalmente Henry James. En 1919 apareció la colección de relatos *Seven Men*, unánimemente considerada una obra maestra, de la que destaca la narración *Enoch Soames*, que tanto ponderase Jorge Luis Borges y que da nombre al principal personaje de *La saga de los Forsyte*, Soames Forsyte. Muy popular en la agitada vida intelectual londinense, mantuvo una estrecha amistad con Frank Harris, editor de la prestigiosa *Saturday Review*, publicación en la que en 1898 Beerbohm sucedió a Bernard Shaw como crítico literario.

# PARTE I

# I. El paseo

BAJANDO LAS ESCALERAS del Snooks' Club<sup>1</sup>, tan gastadas por los paladines de dejar las cosas como estaban, aquella tarde crucial de mediados de octubre de 1922<sup>2</sup> Sir Lawrence Mont, noveno baronet, dirigió su exquisita nariz hacia el viento del Este y empezó a mover con rapidez sus delgadas piernas. Más político por cuna que por naturaleza, repasó la revolución que había devuelto a su partido al poder con una indiferencia no falta de humor. Al pasar junto al Remove Club pensó: “¡Ahí dentro deben estar sudando frío! Se les acabó la buena vida. Ahora les servirán perdices sin guarnición”.

---

<sup>1</sup> El Snooks' es el club de los conservadores y el Remove el de los liberales.

<sup>2</sup> Por entonces el Partido Liberal (tercera fuerza política en el país) estaba dividido en dos bandos, el de H.H. Asquith y el de Lloyd George. Este último gobernaba en coalición con los conservadores, pero el acuerdo se rompió en octubre de 1922 —precisamente la tarde en la que comienza la narración—, por lo que se convocaron elecciones para el 15 de noviembre. Serían las primeras celebradas después de que la mayor parte de los condados de Irlanda formasen el Estado Libre Irlandés. Ganaron los conservadores por una aplastante mayoría. (Todas las notas son de la traductora.)

Los capitanes y los reyes habían dejado el Snooks antes de que entrara Mont, pues no formaba parte de “ese grupo de pacotilla, ya licenciado, que busca rentas inmediatas, no señor; esos hombres que dan la espalda a la tierra en el mismo momento en que una guerra termina. ¡Bah!”, pero durante una hora había escuchado los ecos, y su mente aguda e inquieta, en la que se incrustaban depósitos del pasado, escéptica en cuanto al presente y a todas las proclamaciones y manifestaciones políticas, se había divertido tomando nota de la confusión entre patriotismo y personalidades que aquel grupo fatídico había dejado tras de sí. Como la mayoría de los terratenientes, desconfiaba de la doctrina. Si tenía algún convencimiento político era el de gravar el trigo con impuestos y, según podía ver, de momento nadie le seguía; aunque él no buscaba ser elegido. En otras palabras: sus principios no corrían peligro de extinguirse a causa de los votos de aquellos que debían pagar para tener pan. Los principios —reflexionó— *au fond* siempre tenían que ver con el bolsillo y ¡ojalá esa gente del demonio no fingiera lo contrario! Con el bolsillo, por supuesto, en el sentido más amplio de la expresión: el del interés personal como miembro de una comunidad determinada. ¿Cómo diantre iba a existir esa comunidad determinada, la nación inglesa, si sus tierras estaban dejando de ser cultivadas y todos sus barcos y muelles corrían peligro de ser destruidos por aviones? Había escuchado durante una hora a la espera de que alguien hablara de la importancia de la tierra. ¡Nada! En política no resultaba práctico, ¡malditos fueran! Tenían que gastar los pantalones sentados en sus escaños o haciendo lo necesario para conseguirlos. ¡No había



conexión alguna entre las posaderas y la posteridad! ¡No, caramba! Y al pensar en la posteridad se le ocurrió que la mujer de su hijo aún no mostraba indicio alguno. ¡Dos años! Ya era hora de que pensarán en tener hijos. Resultaba peligroso acostumbrarse a no tenerlos cuando de ello dependían un título y una propiedad. Una sonrisa curvó sus labios y sus cejas, que parecían bosquecillos de ganchos para cacerolas. Era una criatura hermosa, de lo más atractiva, ¡y lo sabía! ¿Quién no se contaba entre sus amistades? Leones y tigres, monos y gatos: su casa se estaba convirtiendo en una colección de fieras más o menos famosas. Esa clase de cosas no resultan del todo reales. Al pasar frente a uno de los leones británicos de Trafalgar Square, Sir Lawrence pensó: “¡Esto será lo próximo que se lleve a casa! Tiene el hábito de coleccionar. Michael deberá andarse con cuidado: en la casa del coleccionista siempre hay un cuarto trastero para los bártulos viejos, y los maridos suelen acabar arrumbados en él. Lo que me recuerda que prometí llevarle un ministro chino. Bueno, ahora tendrá que esperar hasta después de las elecciones generales”.

Al mirar en dirección a Whitehall, las torres de Westminster quedaron a la vista durante un segundo, hacia el Este, bajo el gris del cielo. “Tampoco eso resulta del todo real —pensó—, ¡Michael y sus modas pasajeras! Bueno, es lo que se lleva: principios socialistas y una esposa rica. ¡Sacrificio dentro de la seguridad! ¡Paz dentro de la abundancia! ¡Panaceas, diez por un penique!”.

Después de pasar la algarabía periodística de Charing Cross, agudizada por la crisis política, giró a la izquierda en

dirección a Danby & Winter, editores, donde su hijo era socio menor. Un nuevo tema para un libro empezaba a abrirse paso en una mente que ya había compuesto *La vida de Montrose*, *La lejana Catay* —ese libro de viajes al Oriente— y una imaginativa conversación entre las sombras de Gladstone y Disraeli titulada *A dúo*. A cada paso que lo alejaba del Snooks en dirección Este, su figura delgada y erguida, envuelta en un abrigo con cuello de astracán, su rostro enjuto con bigote entrecano y un monóculo con montura de carey bajo la ceja oscura y despierta, se habían ido convirtiendo en algo poco común. Casi constituían un fenómeno extraño en aquel callejón sórdido donde las carretas resultaban tan pegajosas como las moscas de invierno y las personas pasaban con libros bajo el brazo, como si fuesen cultas.

Estaba a punto de llegar a la puerta de Danby cuando se tropezó con dos hombres jóvenes. Sin duda, uno de ellos era su hijo, que vestía mejor desde que se había casado, e iba fumando un puro —¡gracias a Dios!—, en lugar de esos cigarrillos que solía encadenar. El otro... ¡ah, sí!, el poeta que vivía de Michael y que había sido su padrino de boda, con la cabeza en alto, una cabeza impecable bajo un sombrero de veludillo.

—Hola, Michael.

—¡Hola, Bart<sup>23</sup>! ¿Conoces a mi padre, Wilfrid? Éste es Wilfrid Desert, autor de *Moneda de cobre*. Un gran poeta, Bart, te lo digo yo. Tienes que leerlo. Nos vamos a casa ¿te vienes?

Sir Lawrence se fue con ellos.

---

<sup>3</sup> Abreviatura de baronet, título nobiliario que ostenta Sir Lawrence Mont.

—¿Qué ha pasado en el Snooks?

—*Le roi est mort*. Los laboristas pueden empezar a mentir, Michael. Habrá elecciones el mes que viene.

—Bart fue criado en una época, Wilfrid, en la que no se tenía en cuenta al pueblo.

—Dígame, señor Desert, ¿encuentra algo de verdad en la política actual?

—¿Hay alguna cosa en la que podamos encontrar algo de verdad, señor?

—En los impuestos.

Michael sonrió y dijo:

—Por encima del título de caballero, no existe la fe sin más.

—Imagina que tus amigos llegan al poder, Michael, en cierto modo no sería mala cosa porque les ayudaría a madurar, ¿qué podrían hacer? ¿Podrían mejorar el gusto nacional? ¿Abolir el cine? ¿Enseñar a los ingleses a cocinar? ¿Evitar que otros países amenacen con la guerra? ¿Obligarnos a cultivar nuestro propio alimento? ¿Detener el aumento de la vida en la ciudad? ¿Colgarán a los que se entretienen con el gas tóxico? ¿Podrían evitar que despeguen los aviones en tiempo de guerra? ¿Serían capaces de debilitar el instinto posesivo... en todas partes? ¿O, en definitiva, podrían hacer cualquier otra cosa que no fuese alterar un poco el índice de posesión? La política de cualquier partido sólo es un fertilizante superficial. Nos gobiernan los creadores y la naturaleza humana, por eso estamos con la soga al cuello, señor Desert.

—Más o menos lo que yo pienso, señor.

Michael hizo un ademán ostentoso con su cigarro.

—¡Vaya par de viejos malos estáis hechos!

En ese momento, los tres se descubrieron al pasar frente al monumento a los caídos en la Gran Guerra.

—Curiosamente sintomático —dijo Sir Lawrence—. Un monumento al miedo a la ostentación, de lo más característico. Y el miedo a la ostentación...

—Continúa, Bart —pidió Michael.

—Lo exquisito, lo grande, lo florido... todo falta. No hay opiniones con visión de futuro, ni planes importantes, ni grandes principios, ni religión monumental ni arte extraordinario: en los corrillos y lugares estancados sólo hay hombres pequeños con sombreros pequeños.

—Cómo suspiraba el corazón ante el monumento a Byron, a Wilberforce, a Nelson. ¡Mi pobre Bart! ¿Qué opinas tú, Wilfrid?

—Sí, señor Desert, ¿qué opina usted?

El rostro moreno de Desert se contrajo.

—Ésta es una época de paradojas —respondió—. Todos armamos escándalo en busca de la libertad y las únicas instituciones que ganan en fuerza son el Socialismo y la Iglesia Católica. Nos sentimos terriblemente acomplejados ante el arte y el único desarrollo artístico que obtenemos es el cine. Nos volvemos locos por la paz y lo único que hacemos al respecto es perfeccionar el gas tóxico.

Sir Lawrence torció la cabeza para mirar a un joven tan resentido.

—¿Y cómo va la editorial, Michael? —preguntó.

—Pues *Moneda de cobre* se vende como rosquillas y *A dúo* se mueve bastante. ¿Qué te parece esto para un nuevo anuncio: “*A dúo*, escrito por Sir Lawrence Mont, Bart. La conversación más distinguida del mundo de los muertos”? Así atraeremos a los espiritistas. Wilfrid ha sugerido: “*G.O.M.* y *Dizzy: transmisión desde el infierno*”<sup>4</sup>. ¿Cuál te gusta más?

Habían llegado a la altura de un policía con la mano en alto frente al hocico de un caballo que tiraba de un furgón, de manera que todo permanecía estancado. Los motores de los automóviles runruneaban despreocupados mientras las caras de sus conductores se dirigían hacia el espacio que no podían ver; una joven en bicicleta miraba distraída a su alrededor, agarrada a la parte de atrás del furgón, donde un chico se sentaba de lado con las piernas estiradas hacia ella. Sir Lawrence volvió a mirar al joven Desert. Su rostro enjuto y de un moreno pálido era atractivo, pero le faltaba algo, como si no estuviera bien acompasado; no había nada *outré* en su forma de vestir o en sus modales y sin embargo no parecía integrado socialmente; era menos vivaz que el alegre granuja de su hijo, pero igual de inquieto, aunque más escéptico, ¡seguramente se lo tomaría todo muy a pecho! El policía bajó la mano.

—¿Fue a la guerra, señor Desert?

---

<sup>4</sup> Los seguidores de William Ewart Gladstone (1809-1898) se referían a él, entre otros apodos, como *G.O.M.*, que equivalía a Grand Old Man (algo así como “el anciano magnífico”). Según Disraeli, con el que se llevaba a matar, esas mismas siglas correspondían a God’s Only Mistake (“el único error de Dios”). Benjamín Disraeli (1804-1881) era conocido como *Dizzy*, una deformación de su apellido, que a las clases trabajadoras les costaba mucho pronunciar bien. Los dos fueron, quizá, los mejores estadistas de la época victoriana: Gladstone liberal y Disraeli conservador.

—Sí.

—¿Sirvió en aviación?

—Y en tierra. Hice un poco de todo.

—Difícil para un poeta.

—En absoluto. La poesía sólo es posible cuando se puede saltar por los aires en cualquier momento o cuando se vive en Putney.

Sir Lawrence levantó una ceja.

—Ah ¿sí?

—Tennyson, Browning, Wordsworth, Swinburne... todos lo consiguieron; *ils vivaient, mais si peu*.

—¿Y no existe una tercera condición favorable?

—¿Cuál, señor?

—¿Cómo expresarlo? Una cierta agitación cerebral con respecto a las mujeres.

El rostro de Desert se contrajo y pareció ensombrecerse.

Michael introdujo la llave en la cerradura de la puerta de su casa.